

La productividad desde una mirada cristiana

El trabajo productivo, nuestro bien más escaso

Pedro Trigo, s.j.*



AVN

En las siguientes páginas, el autor hace una exposición exhaustiva de la importancia del trabajo productivo tanto para superar la exclusión social que se vive en el país, como para dinamizar el conjunto de la sociedad venezolana

Esta comunicación está dirigida a mostrar lo que perdemos todos al reducir la fuerza de trabajo a una mercancía que los patronos quieren comprar al menor precio posible y los trabajadores procuran vender sacando el máximo provecho. Todavía se empobrece mucho más cuando el trabajador, prevalido de la inmovilidad que da la inamovilidad laboral, se convierte tendencialmente en un rentista, que casi pierde de vista el sentido de la producción con la concentración, el esfuerzo y la responsabilidad que demanda. Desde esa perspectiva tan empobrecedora se pierden de vista aspectos primordiales de la realidad del trabajo como hecho antropológico y social que, al no contemplarse y por eso no cultivarse expresamente, restan mucho del dinamismo que el trabajo está llamado a imprimir a la vida humana personal y colectiva.

KOINONÍA Y ECONOMÍA

El cristianismo se levantó en una sociedad como la nuestra, globalizada: de comercio mundial (del noroeste de la India hasta la muralla que separaba Escocia de Inglaterra, del desierto de Sahara hasta la muralla que protegía al sur de Alemania de las tribus germánicas), con producción a gran escala, bancos, cheques, préstamos, intereses, grandes negocios, grandes riesgos y también grandes quiebras, y una extensa población urbana excedente sin oficio ni beneficio a la que el Estado mantenía con pan y circo para que no se desmandara.

Así pues, la ayuda al necesitado, que caracteriza al que vive la vida de Dios, se lleva a cabo desde la asunción de la propia responsabilidad y desde la ayuda para que los necesitados lleguen a ser sujetos productivos.

En estos orígenes tan esclarecedores, la *koinonía*, que era la palabra griega con la que designaban la comunicación mutua personalizada de los cristianos entre sí, tan intensa que los caracterizaba y que desembocaba en la comunión, tenía como fuente el amor y como correlato dinamizador un modo de practicar la economía (otra palabra griega), basada en la práctica denodada del trabajo productivo.

La mayoría de los cristianos era gente popular, incluso pobres y, sin embargo, no había entre ellos quien pasara necesidad porque, como decía Pablo de sí mismo a los presbíteros de Éfeso, “trabajando con mis propias manos, he ganado mi sustento y el de mis compañeros” y a los tesalonicenses, “recuerden, hermanos, nuestros afanes y fatigas: como trabajamos día y noche para no ser gravosos a nadie”. Así esta solicitud fraterna, hecha posible por un arduo trabajo productivo, significó para la sociedad helenista de su tiempo una buena nueva convincente y deseable.

Así pues, desde la perspectiva cristiana el trabajo es un elemento indispensable de la *koinonía*, que fue como la levadura dentro de la masa que poco a poco logró que la sociedad fermentara, de tal manera que se transformó el tejido social para que la vida humana fuera mucho más vivible y más dinámica.

Como el tema reviste una gran actualidad en la Venezuela de hoy, vamos a ampliarlo. *Koinonía* designa tanto la comunicación mutua personalizada, que contiene una puesta en común que desemboca en la comunión, como la comunidad, que puede llegar hasta la vida en común. En la Iglesia primitiva hubo dos modelos: el de la Iglesia de Jerusalén y el de Pablo.

El de la Iglesia de Jerusalén consistía en que lo ponían todo en común y a cada uno se le daba según sus necesidades: los que tenían posesiones las vendían y lo ingresaban en un fondo común (Hch 4,32-37). Es el modelo que ha sido exaltado por muchos utópicos, incluidos los socialistas utópicos y los marxistas, pero que no resultó. Pasó lo obvio: que cuando se acabó el fondo empezaron a pasar hambre hasta que la situación se hizo insostenible. Pero el problema no fue solo que no era un modelo sostenible; el problema propiamente cristiano consistió en que no era manifestación de amor. Quienes se desprendieron de sus bienes sí lo manifestaron en el acto

puntual de desprenderse de ellos, pero los demás se convirtieron en parásitos. En resumen, era un modelo rentista.

El de Pablo, en cambio, consistió en que cada quien trabajaba lo más esforzada y cualitativamente posible con dos objetivos: ante todo para no ser gravoso a nadie y en segundo lugar para ayudar a los que lo necesitaran (Hc 20,33-35). Esto, que él practicó asiduamente (era especialista en hacer tiendas de campaña con pelo de camello y llega a decir que se quedaba a veces hasta medianoche trabajando: 1Tes 2,9), lo teorizó diciendo que lo que Dios quería era que cada quien llevara su propia carga y que se ayudaran a llevar las cargas mutuamente (Gal 6,2.5). Es decir, que la ayuda mutua, tiene lugar desde el presupuesto de que cada quien asuma su responsabilidad, se entiende que en el trabajo productivo. Así pues, la ayuda al necesitado, que caracteriza al que vive la vida de Dios, se lleva a cabo desde la asunción de la propia responsabilidad y desde la ayuda para que los necesitados lleguen a ser sujetos productivos.

Como se ve, para el cristianismo, *koinonía*, poner en común (no necesariamente vivir en común) y economía son inseparables: la economía es condición de posibilidad de la *koinonía* y manifestación medular de su ejercicio. Y el término medio entre la *koinonía* y la economía es el trabajo productivo.

LA PRODUCTIVIDAD CRISTIANA

Para confirmarlo contó Jesús la parábola de los tres empleados a quienes su señor dejó un capital al ausentarse (Mt 25,14-30). Dos de ellos duplicaron el capital y el otro, por temor a perderlo al negociarlo, lo escondió y se lo devolvió tal cual. A los dos primeros los hizo pasar a gozar de su intimidad gozosa y al tercero lo echó a las tinieblas. Y lo explicó diciendo que al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará lo que tiene. Es decir, al que produce con los dones que Dios le dio, Dios le seguirá dando; pero al que no produce, no se le dará más.

¿En qué consiste la productividad cristiana? Dios nos da para los demás. Al que con los dones que Dios le da, contribuye a que haya más vida para todos, Dios le sigue dando porque él no mete la mano en el mundo: nosotros somos los canales de su gracia. El que no produce vida sino miseria, ya que lo aca-

... la solidaridad no se ejerce humanizadamente repartiendo la renta petrolera, una renta no sudada por los representantes del Estado, sino invirtiéndola productivamente, como un capital social...

para todo, se quedará finalmente sin nada, se dará cuenta, cuando ya no tenga remedio, de que su vida ha sido estéril. El trabajo en el sentido cristiano es productivo no porque produce grandes ganancias para uno sino porque produce riqueza y vida para la sociedad, en la que la persona productora obviamente se incluye y, al producirlas, la persona se valora, llega a ser persona en sentido cualitativo, se hace hermano. Es decir, no solo adquiere cualidades sino, más aún y sobre todo, calidad humana. Las cualidades son indispensables para ejercitar la calidad humana y por eso el deseo de vivir fraternamente es la mayor palanca para hacerse humanamente productivo, que no es lo mismo, queda claro, que rentable.

DESDE EL RENTISMO NO ES POSIBLE LA INTERRELACIÓN SOLIDARIA

No hace falta gastar mucho tiempo en mostrar la actualidad de esta perspectiva en la Venezuela actual: la solidaridad no se ejerce humanizadamente repartiendo la renta petrolera, una renta no sudada por los representantes del Estado, sino invirtiéndola productivamente, como un capital social, no solo para que haya riqueza distribuida equitativamente sino, ante todo, para que ésta sea producida socialmente y enriquezca humanamente a todos al enlazarlos solidariamente en la producción y en el consumo.

Esto es obvio que no se cumple dando cosas incesantemente, fuera de casos de necesidad extrema, sino dando servicios de calidad y capacitación laboral lo más técnicamente posible y propiciando empleos de calidad para que lo que consumen sea producido también por ellos como parte del sujeto social laboral.

Reconocer el carácter social del trabajo es superar el individualismo y reconocer que todos estamos inextricablemente unidos y somos impensables sin los demás, no solo sin los presentes sino sin los pasados que han creado las condiciones de posibilidad de lo que ahora somos y podemos: cada uno proviene de otros y nos ligan a los demás vínculos obligantes.

EL TRABAJO PRODUCTIVO ES NUESTRA PRIMERA NECESIDAD PORQUE ES EL BIEN MÁS ESCASO

El trabajo productivo es nuestra primera necesidad porque es el bien más indispensable y el más escaso. En una encuesta entre los estratos medios bajos, populares y pobres del país, patrocinada por el Centro Gumilla, sobre *Valoraciones sociales en Venezuela* (abril 2011) la necesidad personal y familiar de trabajo aventajaba en más de veinte puntos a la seguridad, que era la segunda necesidad sentida.

Es, sin duda, el bien más escaso porque en nuestro país la oferta de trabajo productivo no llega al veinte por ciento. El resto es, tristemente, trabajo prescindible: informales, empleados del Estado que reciben un sueldo por trabajos sin ningún componente técnico, ocupados en servicios en condiciones precarias, tercerizados con malos sueldos y sin derechos sociales...

En un estudio acucioso del año pasado sobre el empleo se asienta: "El principal problema del mercado laboral que se identifica como un impedimento para salir de la pobreza y que además contribuye a generar lo que se conoce como el núcleo duro de pobres, es la existencia de empleos de mala calidad o empleos precarios"¹. Por eso la encuesta del Gumilla citada expresa la desaprobación social por el modo como funciona la creación de fuentes de empleo. Por más petróleo que haya, en esas condiciones no puede funcionar ninguna sociedad. Por eso en la encuesta pre-



BESANA.ES

Es inaudito que con una productividad tan baja se autodenomine socialista. Un socialismo rentista es un círculo cuadrado: una imposibilidad o un adefesio.

dominan los que opinan que en este Gobierno la renta petrolera no está mejor distribuida. Así pues, el que no llegue al diez por ciento el número de parados no significa gran cosa cuando la mayoría de los que trabajan consiguen solo sobrevivir y no se valorizan técnicamente y va en aumento el número de los inactivos, que están tan desanimados que no salen ya al mercado de trabajo.

Éste es el caldo de cultivo de la violencia que se está tornando endémica. Un verdadero círculo vicioso porque hay pocos empleos de calidad y porque, por la deserción escolar y la inadecuación del currículo, no abundan los trabajadores altamente cualificados.

El que el trabajo sea la mayor necesidad y el mercado no sea capaz de satisfacerla expresa nuestro fracaso como sociedad y más en particular el fracaso del Estado que, con la renta petrolera mayor de la historia y una renta sostenida en el tiempo, no ha sido capaz de incentivar la economía y lo gasta todo en importar, resignándose al rentismo improductivo.

EL TRABAJO PRODUCTIVO ES INDISPENSABLE PARA QUE HAYA HUMANIDAD Y VIDA Y EL PAÍS SEA VIABLE

El trabajo productivo es indispensable, ante todo, desde una perspectiva antropológica porque trabajar creativa y responsablemente, poniendo lo mejor de nosotros mismos, nos valoriza como seres humanos². También nos valoriza porque el trabajo es un hecho social, ya que en él intervienen sucesiva y simultáneamente muchísimas personas y además el trabajo, a diferencia de un *hobby*, es siempre un servicio: la satisfacción de una necesidad o deseo legítimo de la población. Por eso el que está sin trabajo o el que trabaja en algo no necesario o con instrumentos obsoletos, sufre al verse desalquilado, sin poner a funcionar sus energías o haciéndolo de modo rutinario y no cualitativo. El que cumple diariamente de un modo consciente una función social siente la alegría que da el saberse útil. Por eso tantos cientos de miles de profesionales, al no encontrar aquí empleo digno, trabajan fuera del país.

Por eso no se puede programar un trabajo de modo tan rutinario o desgastante que la persona, en vez de valorizarse, se desvalorice por el tedio o la extenuación. Esto es lo que sucede, desgraciadamente, en nuestro país de un

modo mayoritario y frecuentemente como autosobreexplotación, como es el caso de los buhoneros.

Ni menos aún humaniza un trabajo que implique una respectividad negativa con los usuarios engañándolos o degradándolos con los productos.

Tampoco se puede programar un trabajo con base en relaciones sin ninguna confianza, con base en la constante vigilancia y exigencia y la amenaza de sanciones. Lo que debe dominar es la confianza, el estímulo y la apelación a la responsabilidad. Hay que decir que esto, que es deseable en cualquier hipótesis, es especialmente pertinente en nuestro país porque una característica de nuestra idiosincrasia es que cuando en una empresa las relaciones son dinámicas y personalizadas, cada quien trata de dar lo mejor de sí. En cambio, cuando lo que da el tono es la mera legalidad se tiende a dar lo mínimo indispensable. Insisto en que no se trata solo de lograr que la gente se sienta bien sino que aprenda y se valore en el trabajo de manera que haya un estímulo constante hacia la superación profesional y humana.

La segunda razón de esta prioridad absoluta es que el trabajo, además de ser un modo de vida, también es el medio habitual de vivir. “El que no trabaje, que no coma” (2Tes 3,10), decía Pablo a sus cristianos de Tesalónica, porque algunos se la pasaban sin hacer nada y entrometiéndose en todo. Esto pasa hoy ya que se logran subsidios del Gobierno sin trabajar, a cambio de la lealtad a la causa.

Sin embargo, también puede suceder que muchos, ante la acusación de que se la pasan ociosos, aleguen lo que dijeron los jornaleros al dueño de la viña: “nadie nos ha contratado” (Mt 20,7). Personas que viven llenas de angustia, metiendo su currículo por todos lados y matando tigres (como se dice) cuando se puede porque nadie les da trabajo fijo.

Por eso urge generar empleo productivo. Y esto, como certeramente lo percibe la gente popular y lo expresa en la encuesta citada, no lo puede lograr solo el Estado ni solo la empresa privada: tiene que haber un acuerdo entre ambos, de manera que el Estado estimule y ponga condiciones, y la empresa invierta con cabeza, creatividad y riesgo. El Estado incurre en una gravísima irresponsabilidad si no entra por este camino.

El que el trabajo sea la mayor necesidad y el mercado no sea capaz de satisfacerla expresa nuestro fracaso como sociedad y más en particular el fracaso del Estado que, con la renta petrolera mayor de la historia y una renta sostenida en el tiempo, no ha sido capaz de incentivar la economía y lo gasta todo en importar, resignándose al rentismo improductivo.

Pero si el trabajo es el medio común para vivir, eso implica que tiene que estar congruamente remunerado. A nivel mundial es una percepción compartida que los de arriba están sobrepagados y los de abajo subpagados. No se puede dudar que vivimos en un totalitarismo de mercado. El actual estado de cosas nada tiene que ver con esos burgueses que Marx calificó como la clase más revolucionaria de la historia, porque, al haber abolido los peajes feudales, la competencia forzaba a una constante creatividad de la que salían ganando los más capaces y, por supuesto, los usuarios. Hoy casi no existe la competencia y han vuelto los peajes más que en la Edad Media. Los más costosos y arbitrarios son lo que se llama propiedad intelectual que, como se ejerce, nada tiene que ver con la justa compensación por la innovación y la investigación para llegar a ella. Y como los gobiernos están al servicio de las corporaciones, financieras y especulativas, unos pocos ganan cada vez más a costa de los usuarios y los trabajadores. Vivimos en poder de ladrones de cuello blanco sin entrañas. Por eso el mundo está que revienta.

Es preciso volver al espíritu del mercado en el sentido que decía Marx al analizar el capitalismo textil inglés, es decir, libre, competitivo y, por eso, arriesgado y creativo. Y para que se mantenga en esas condiciones es imprescindible la intervención del Estado, pero un Estado que crea en la función permanente de la empresa privada, aunque sometida a controles para que el mercado deje de ser totalitario y vuelva a su fluidez.

Así no seguirán pagando los usuarios y los trabajadores. Así podrán ser congruamente remunerados y la empresa podrá funcionar como una verdadera comunidad en la que todos se sientan estimulados, den lo mejor de sí, se aumente la productividad y sea competitiva con sueldos decentes.

Repito, porque lo considero decisivo, que esto está en la idiosincrasia del venezolano: cuando una comunidad de trabajo funciona como tal y sus componentes se sienten apreciados y parte real y realmente valorada de la empresa, cada uno se esfuerza en dar lo mejor de sí en una emulación positiva; sin embargo, cuando se rompe este ambiente, se estima, por el contrario, que esforzarse es ser un tonto y cada quien trata

de contentarse con el mínimo indispensable. Por eso es tan decisivo lograr un ambiente personalizado y dinámico.

Finalmente el trabajo productivo es indispensable para que el país sea viable. Hemos pasado de una política de sustitución de importaciones, que llegó a su techo a fin de los años setenta, a importarlo casi todo porque no somos capaces de producir casi nada a la altura del tiempo, es decir, con una correlación entre calidad y precio que lo haga competitivo. Eso no es propio de un país serio, de un país que se respeta a sí mismo y que aspira a ser respetado.

El Estado actual no ha demostrado sensibilidad al respecto y menos aún solvencia. Es inaudito que con una productividad tan baja se autodenomine socialista. Un socialismo rentista es un círculo cuadrado: una imposibilidad o un adefesio³. Ni los empresarios ni los ciudadanos pueden contentarse con pescar en río revuelto. Todos tenemos que aspirar a revertir la situación hacia otra más dinámica, justa y sustentable.

DOS FUENTES DE EXCLUSIÓN SOCIAL

Actualmente la exclusión en nuestro país tiene dos fuentes principales: la que se deriva de la falta de trabajo productivo y la que proviene de la exclusión política. La primera es el cáncer que corroe a nivel mundial a la figura histórica actual y es la muestra más fehaciente de su fracaso: como todo está dirigido al aumento sostenido de la tasa de ganancia de las corporaciones y sobre todo de los grandes accionistas, se prefiere que haya siempre un ejército de parados de manera que los trabajadores acepten las condiciones del que contrata, aunque se pierda mucha creatividad potencial y mayorías crecientes estén condenadas a la miseria.

Pero en nuestro país esa razón, que existe, no explica el colapso de la productividad y de la producción. Depende en mucha mayor medida de la exclusión política. Ésta tiene dos manifestaciones: la primera es que, en reacción adialéctica y por tanto infecunda al abandono en que estuvo sometido el pueblo en los veinte últimos años del siglo pasado, el Gobierno, que tiene en sus manos la renta petrolera y las reglas de juego, excluye a los empresarios, no garantizando la seguridad jurídica de la propiedad, confiscándola y poniendo mil trabas al funcionamiento de la empresa.

Creo que en toda nuestra historia, los años sesenta y setenta del siglo pasado han sido los únicos en que se ha dado al pueblo educación y salud a la altura del tiempo y trabajo productivo para todos.



ERICK S. MAYORA

Pero la segunda fuente de la exclusión es que el aparato estatal, cada día más hipertrofiado, no funciona porque en su modo de producción priva no la lógica de la meritocracia, es decir de la solvencia de cada funcionario para el cargo que desempeña, sino la adscripción partidista y, en definitiva, la fidelidad al líder.

La combinación de ambas lógicas da como resultado la parálisis del aparato productivo, ciertamente del público, pero tendencialmente del privado, porque aun en el caso de que todo funcione del mejor modo posible (y es necesario que funcione así para obtener beneficios con tantas trabas), la inversión es mínima por la inseguridad de retener la propiedad.

La consecuencia de este estado de cosas para el pueblo es que, aunque sin duda ha disminuido la pobreza crítica y tiene ciertamente mayor poder adquisitivo por la acumulación de productos subsidiados y otros subsidios indirectos, no ha aumentado su condición de sujeto personal y social por la carencia de trabajo productivo, fuente insustituible, aunque no la única ni la más radical, de subjetualidad.

Decimos que no es la más radical porque si en la década de los noventa el pueblo venezolano pudo vivir, a pesar de tanto abandono; si por aquel entonces no tenía ningún padrino; si nadando completamente a contracorriente logró sobrevivir, es que vivió del empeño agónico por la vida, que es la fuente no solo de su vida material sino de su cultura y de su ser personal⁴. En esas con-

diciones tan adversas solo una densa subjetualidad posibilitó la vida. Éste es un hecho incontrovertible y por eso es un prejuicio, que indica una tremenda ceguera, negar al pueblo la condición de sujeto.

Esta condición la incrementó muy sustancialmente Chávez al hablar al pueblo con respeto y en su misma cultura. El pueblo sintió que existía para alguien y por eso lo apoyó. Además lo llamó a la participación y para eso le brindaba constantemente elementos de juicio. La mayor cristalización de esta actitud fue el programa de rehabilitación de los barrios, basado en los consorcios entre organizaciones de base y organismos públicos. En un solo año se hicieron ciento ochenta.

Sin embargo, Chávez creyó equivocadamente que el poder de base le quitaba poder y cortó en seco el programa. Cada vez más la participación se reduce a colaborar con los proyectos gubernamentales. Y cada día más la interlocución con el pueblo se vuelve más unidireccional e ideologizada. Al ser incapaz de ofrecer capacitación laboral y trabajo productivo, para paliar este déficit de fondo, cada cierto tiempo emprende un nuevo operativo en que ofrece servicios y en definitiva da cosas.

Creo que en toda nuestra historia, los años sesenta y setenta del siglo pasado han sido los únicos en que se ha dado al pueblo educación y salud a la altura del tiempo y trabajo productivo para todos. Ellos fueron la palanca para la in-

La alternativa pasa por mantener al pueblo en el centro de la escena, pero no ya para darle, como hasta ahora, dádivas a cambio de fidelidad, sino para darle, nuevamente, educación y salud a la altura del tiempo y trabajo productivo y congruamente remunerado.

tegración del pueblo o, más exactamente, para pasar de la sociedad señorial a una democracia dinámica de contenido social o democracia social de mercado.

La principal culpa de que esa dinámica se truncara está en la burguesía que, en términos generales, no tuvo ni la perspicacia, ni la creatividad, ni la decisión de embarcarse en una reconversión empresarial que hiciera competitivas las empresas en un mercado irreversiblemente más abierto, necesidad y reto que se hizo sentir a partir de los años ochenta. En vez de emprender ese proceso tan arduo, con la ayuda de los medios de comunicación masivos desplazaron a los políticos que habían dejado ya de mediar entre las clases para disponer de la renta petrolera, cada vez más insuficiente, sacrificando al pueblo.

Este siglo, que se abrió para muchos de nuestros compatriotas tan promisoriamente, ha sido hasta ahora una ocasión perdida. La alternativa pasa por mantener al pueblo en el centro de la escena, pero no ya para darle, como hasta ahora, dádivas a cambio de fidelidad, sino para darle, nuevamente, educación y salud a la altura del tiempo y trabajo productivo y congruamente remunerado.

Solo este programa puede reactivar todas las energías de nuestra sociedad y dinamizarla superadoramente. Solo él puede transformar la polarización suicida en una emulación simbiótica, porque hay sitio para todos y todos somos necesarios. Solo nos unirá el país: sus necesidades concretas y sus potencialidades. Pero a condición de que, superando el totalitarismo de mercado, pongamos al pueblo en el centro de nuestros afanes. Producir estas tres cosas: trabajo productivo, educación a la altura del tiempo y salud de calidad, y distribuirlas eficiente y equitativamente, nos llevará a reencontrarnos para hacer efectivo el objetivo que aparece en la introducción de nuestra Constitución: hacer que nuestra sociedad multiétnica reconozca su carácter pluricultural en un estado de justicia y, añadimos, de interacción simbiótica.

Es totalmente distinto hablar de derechos humanos de un modo retórico que poner como horizonte real el derecho de todos los ciudadanos, empezando por los de abajo, a capacidades, como insiste Amartya Sen⁵. Los ciudadanos de nuestro país tienen derecho a que se les ayude a capacitarse a todos los niveles: teóricos, prácticos, técnicos,

en el ejercicio consciente y consecuente de un trabajo productivo a la altura del tiempo, en el ejercicio de una ciudadanía informada, deliberante y responsable y, antes que eso, en el entablamiento de una vida personal, familiar y vecinal personalizada, con una libertad progresivamente liberada y por eso respetuosa y corresponsable. Como dice Paul Ricoeur, “la idea de derecho a capacidades tiene el valor de criterio de justicia social en la comparación de regímenes políticos competidores”⁶.

Que así sea.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

- 1 G. Zúñiga, *La precariedad del empleo en Venezuela*. UCAB 2011, 16.
- 2 Es la tesis de la sección dedicada al trabajo en la *Gaudium et Spes*, la Constitución pastoral del concilio Vaticano II sobre la Iglesia y el mundo actual y de la encíclica *Laborem exercens*, de Juan Pablo II.
- 3 Asdrúbal Baptista, que lo estudia acuciosamente, concluye que la economía rentista es inviable y por eso acaba en el colapso, que es lo que según él ha ocurrido en nuestro país y de una manera bien triste: “El colapso aquí descrito es mucho más débil, y, si se quiere, mucho menos vital: antes que el anuncio de un tiempo por venir, se trata de la caducidad de un tiempo ido” (*Teoría económica del capitalismo rentístico*. BCV, Caracas 2010, 239).
- 4 Trigo, *La cultura del barrio*. Centro Gumilla, Caracas 2008, 71-87.
- 5 Ver, por ejemplo, *Bienestar, justicia y mercado*. Paidós, Barcelona 1997, 81-152.
- 6 Ricoeur, *Caminos del reconocimiento*. Trotta, Madrid 2005, 156.